

Para una radiografía del pensamiento reaccionario

Caballero, Manuel

Manuel Caballero: Historiador, ensayista y periodista venezolano. PHD por la Universidad de Londres. Ex director de la Escuela de Historia de la UCV. Ha publicado más de veinte libros, entre ellos La Internacional Comunista y la revolución latinoamericana, editado por NUEVA SOCIEDAD en 1987, publicado originalmente en inglés, en 1986, por la Cambridge University Press. Recibió el Premio Nacional de Periodismo de Opinión en 1979.

A diferencia del pensamiento conservador clásico, el pensamiento reaccionario no se concibe si no en presencia de una revolución. Y a diferencia del pensamiento reaccionario clásico, para el cual el racionalismo y la revolución eran hijos del mismo vientre y vientres del mismo hijo, un cierto pensamiento reaccionario contemporáneo prefiere oponer ambos movimientos. Cuando hace diez años apareció el libro del venezolano Carlos Rangel, Del Buen Salvaje al Buen Revolucionario, fue saludado por Jean-Francois Revel como una interpretación de la historia de América Latina «verdaderamente nueva y probablemente exacta». Con motivo de la muerte de Rangel y la reafirmación de aquella apreciación, en este artículo se intenta escudriñar cuánto hay en su pensamiento de «interés por la verdad» y cuánto de mera ideología, y a la vez hacer una diferenciación entre el ensayo científico y el panfleto propagandístico, el todo dentro de una tentativa por señalar algunas grandes líneas de todo pensamiento reaccionario.

Ante el suicidio de Carlos Rangel, se produjo la natural afluencia de condolimientos, generalmente unánime ante la aterradora presencia de la más loca y más vieja enemiga del hombre. El coro de los elogios lo resumió Jean-Francois Revel, quien en su prólogo-obituario a un libro póstumo de Rangel publicado por Monte Avila, escribió que éste «poseía una cualidad rara entre los intelectuales de vanguardia: el interés, por la verdad». Ese interés, para el mismo Revel, no excluía, sino por el contrario, no desmerecía de la originalidad, para rematar más adelante diciendo

que imparcialidad y originalidad eran las características de la obra máxima del extinto, Del buen salvaje al buen revolucionario.

La coincidencia entre la evocación de aquella muerte y este número de NUEVA SOCIEDAD consagrado al pensamiento neoliberal (como se le llama mayormente en América Latina) o neoconservador (como se le llama en Estados Unidos), nos llevó a la relectura de ese libro. Las páginas que siguen intentan un análisis que pueda situarse más allá de la polémica inmediata (cosa que además sería inelegante emprender con quien no puede replicar, aunque no le faltarán seguramente defensores). No queremos decir con ello que este análisis será desapasionado, asexuado, pues trata de una obra escrita con intención polémica y, además, política. Pero lo que se busca aquí es ir más allá del libro, situándolo en el contexto de cierta línea de pensamiento, atendiendo en primer lugar a la calificación que le ha sido seguramente hecha (y que en todo caso es la nuestra) de constituir una muestra del pensamiento reaccionario. Y en segundo lugar, a su carácter de «irrefutable», que tuvo el aval de Revel, y que podría señalarse como la causa aparente de que no haya aparecido nunca un estudio de conjunto que intentase su refutación.

Por qué «reaccionario»

Cuando empleamos el calificativo de reaccionario para caracterizar el pensamiento de Rangel, no estamos usando el habitual insulto político. Su libro fue escrito para codificar los presupuestos teóricos de un pensamiento que reacciona contra la revolución, y contra las ideas que la cimentan. Su diferencia con la ideología reaccionaria clásica es que aquella ese Joseph de Maistre, sobre quien Cioran escribió un luminoso ensayo consideraba hijos del mismo vientre (y vientres de la misma asquerosa hija) al racionalismo y a la revolución. El nuevo pensamiento reaccionario ensaya no sólo una separación, sino un enfrentamiento entre los dos retoños de la teoría y la acción políticas de la tradición occidental. Rangel lo expresa en términos típicamente ideológicos: «Sin duda el milenarismo y el revolucionarismo están reñidos con el espíritu racionalista, que hizo la grandeza de Occidente» (p. 30). Típicamente ideológico: «Sin duda», o sea, la certidumbre dogmática. «El milenarismo y el revolucionarismo», o sea, la amalgama de dos tendencias no solamente divergentes (sin negar por ello sus puntos de contacto), sino muy posiblemente enfrentadas. «Están reñidos con la tradición racionalista», o sea, una media verdad, pues igualmente se puede postular que el pensamiento revolucionario forma parte de esa tradición, como tan rabiosamente lo constató en su momento Charles Maurras hablando de Rousseau.

Pese a estar concebido como un gran ensayo, y a su buscado empaque de reflexión sobre la historia del continente americano, es claro que el libro no está destinado a las mentalidades académicas, sino que se quiso un instrumento lo más eficaz posible de propaganda política. Es por eso que su referencia permanente es la Cuba de Fidel Castro, pero más aún, por considerarlo más peligroso por el aura popular que da el martirio, el Chile de Salvador Allende (por lo demás, la primera edición de ese libro por Monte Avila salió en 1976). Es decir, que fue también expresamente escrito como reacción contra la revolución cubana (y la Unidad Popular chilena), porque: «A partir de la revolución cubana, nada será exactamente igual, todo va a ser removido, los hombres, las ideas, las tácticas, los partidos marxistas-leninistas y también los partidos socialistas democráticos» (pp. 120-121).

Caída y Unidad

Antes de entrar en un análisis más detallado de las ideas expuestas en este libro, y dejando provisoriamente de lado ese aspecto propagandístico y político, conviene destacar dos elementos allí difusos, dos elementos del pensamiento reaccionario, de todo pensamiento reaccionario: el sentimiento de la Caída y la búsqueda de la Unidad perdida.

La idea de la Caída viene dada desde las primeras páginas: la historia de América Latina es la historia de un fracaso. Eso suena muy redondo, sobre todo si uno se sitúa en el tono jeremíaco, autoocomiserativo que Rangel se complace en combatir en sus adversarios a lo largo del libro. La primera pregunta que surge frente a tal afirmación es la referencia de ese insuceso. Se supone que un fracaso se mide estableciendo la correspondencia del proyecto con su realización: ¿y en referencia a cuál proyecto ha, pues, fracasado hasta ahora Latinoamérica en cinco siglos? Porque aquí viene la otra pregunta: ¿se puede totalizar así medio milenio que ha visto por lo menos dos grandes crisis históricas, la primera, la del Descubrimiento y el poblamiento (para Burckhardt las verdaderas crisis históricas son crisis de poblamiento) y después la gran crisis de la independencia?¹ Incluso, si se toma el remate de todo el planteamiento contenido en el libro, a saber, que el fracaso de América Latina consiste en no ser como EE.UU. (lo que está implícito en su idea recurrentemente expresada de la «América triunfadora»), la generalización es abusiva, pues

¹Por supuesto que en el terreno de la propaganda, cualquiera que sea su signo, se tiende siempre a presentar las cosas en términos simples. Ya redactado este artículo, leímos - desgraciadamente de trasmano - una declaración de Darcy Ribeiro, según la cual los latinoamericanos hemos sido incapaces «de resolver tres problemas como el de la comida, la educación y la vivienda, en los quinientos años que han transcurrido desde el Descubrimiento». En su libro El terciermundismo (Monte Avila, Caracas, 1982, p. 165), Rangel califica a Ribeiro de «brillante antropólogo, pero propagandista sin escrúpulos». Rangel no era antropólogo.

ese «triunfo» norteamericano es, en lo económico, mayormente de este siglo; políticamente, reservado durante la mayor parte de ese tiempo a los asociados «transplantados» (los WASP) y en lo social, hoy todavía muy cuestionable, con el redescubrimiento de un «tercer mundo» pobre-negro hispánico en el propio EE.UU.. Si se trata de su triunfo como la potencia militar más grande de la historia, entonces habría que situar entre los fracasados a Alemania y Japón, y entre los triunfadores a la Unión Soviética.

Pero no es tanto la contradicción de esa idea con la realidad lo que interesa destacar, como el tono apocalíptico de la formulación. Tono que se hace más sombrío cuando el pensamiento antirrevolucionario se encuentra ante el ejemplo más grande, más profundo, pero sobre todo más evidente y más anclado en la conciencia histórica de nuestra América: la independencia. Los resultados están a la vista, con el apoyo de las citas del Libertador. Si se compara con el seguro mundo que visitó Humboldt, a quien Rangel ve recorrer gran parte de América sin protección armada y sin ser asaltado, la sensación de desastre se hace evidente.

Tampoco hay en el libro la alusión al momento de la Caída y mal podría haberlo en quien está reprochando permanentemente a sus adversarios la creencia en una edad dorada. Pero la alusión permanente al ejemplo norteamericano, al «triunfo» norteamericano dan la idea de ese momento: cuando la separación entre las dos Américas se hace manifiesta, tomando la del Norte el camino del capitalismo, tomando la del Sur un camino no capitalista; el cual no solamente la condujo al fracaso, sino que, haciendo de necesidad virtud, el leninismo (y muy particularmente, el latinoamericano) ha querido transformar en anticapitalismo. La Caída, pues, es una caída laica: no se trata tanto de nuestra expulsión del Paraíso como de la bifurcación de los caminos que nos condujo al fracaso y que sólo vendrá a salvar la conciencia de que en la Unidad perdida está la salvación.

Se trata de una hipótesis tan válida como cualquier otra, y no deja de tener interés, por mucho que no sea tan nueva como lo pretende Rangel. Pero la validez y el interés de una hipótesis provienen de que lo sea realmente. No se puede pretender que todo el mundo escriba un tratado, incluso para sostener opiniones tan tajantes. Pero el ensayo mismo tiene sus propias leyes, y la más importante de ellas tal vez sea su carácter de tanteo, donde se expresan más dudas que certidumbres: por algo se llama ensayo. No quiere decir esto que no pueda ser polémico, pero lo que le da validez científica y peso de reflexión, lo que hace diferente un ensayo político de un panfleto propagandístico es su carácter de proposición. La ideología se siente más cómoda en la propaganda que en el ensayo y, en cambio, sucede exactamente

lo contrario con la búsqueda de la verdad, o para no abandonar a Revel, en «el interés por la verdad».

«Irrefutable»: ¿un elogio?

Al aparecer la primera edición del libro de Rangel, era normal que aquellos a quienes estaba destinado a combatir, reaccionasen buscando refutarlo. Pero, en general, esas reacciones lucían o bien fragmentadas o bien manchadas del prejuicio que su autor provocaba: el codirector de un programa de televisión particularmente agresivo contra la izquierda era un blanco casi inevitable de los ataques ad hominem, pecado por el cual tampoco en ese programa se estaba completamente limpio. Pero la ausencia de una obra de conjunto que intentase enfrentar al libro de Rangel, lo hacía aparecer como irrefutable. Es la impresión que se sigue teniendo de su lectura, doce años después de haber salido a la calle, y con el refuerzo de otro volumen, *El terciermundismo*, publicado también por Monte Avila, en 1982.

Pero cuando un razonamiento luce absolutamente inatacable, irrefutable, eso no es necesariamente un elogio, ni una prueba siempre de su solidez, y mucho menos en el terreno de las ciencias sociales o la historia de las ideas. Como no se trata de un problema de comparar talentos, sino de enfrentar razonamientos, es también probable que ese carácter irrefutable no sea más que la evidencia de una lógica circular, de un pensamiento expresado en forma menos demostrativa que asertiva. En otras palabras, que se trata más de la búsqueda de la expresión de una ideología que de un real compromiso en la búsqueda de la verdad.

En estas notas estamos tratando de separar ambas nociones, la de ideología y la de verdad; y, a través de un caso concreto, hacer una diferenciación neta del ensayo político y la propaganda política. En el análisis que queremos intentar a partir de aquí, nos ha parecido útil la metodología propuesta por Theodor Geiger en su libro *Ideología y verdad* (Buenos Aires, Amorrortu, 1968). Para él: «El enunciado ideológico es, en virtud de su naturaleza y su objeto, inaccesible a la confirmación o refutación empíricas. Un enunciado incorrecto bien puede estar libre de ideología. 'Lo que ayer se tenía por correcto, hoy se manifiesta como falso. ¿Dónde está, pues, la verdad objetiva?'. Esta es una frase insensata. La objetividad de la proposición se prueba, justamente, en el hecho de que aquello tenido hasta ahora por correcto pueda ser declarado falso, de modo tal que cualquiera reconozca el error cometido hasta ese momento. Pero su índole ideológica resulta de un análisis que comprueba que la proposición se refiere a algo acerca de lo cual jamás - y esto quiere decir:

por principio - se podrá realizar afirmación empírica alguna, tanto justificable como falsable». (pp. 47-48).

Cuando salió el libro Del buen salvaje al buen revolucionario, todavía sus promotores no las tenían todas consigo, y así Jean Francois Revel retenía su entusiasmo, al decir que la interpretación allí contenida, si bien era «verdaderamente nueva», tan sólo era «probablemente exacta».

En el momento de morir Rangel, seguramente esas pruebas estaban dadas, pues como ya se ha visto, Revel le señalaba esa cualidad para él «rara entre los intelectuales de vanguardia», ese «interés por la verdad» que presidía su labor intelectual y, por supuesto, su opus magnum.

Pasemos por encima del carácter de revelación que todo eso tiene, pues no precisa Revel de cuál verdad se trata, aunque se supone que él sí la conoce, para pronunciarse tan tajantemente. Ni tampoco qué son esos «intelectuales de vanguardia» ni en relación a cuál vanguardia lo serían. Lo que nos interesa dentro del cuadro de este artículo es ver cuáles mecanismos se emplean para llegar a esa verdad. En otros términos, cuándo (y si) sus afirmaciones son verificables o falsables, y cuándo son simples proposiciones ideológicas.

Hemos separado cuatro grandes rubros, referidos a la afirmación y su prueba, el empleo del impersonal polémico, la media verdad y la afirmación inocente o sin conclusión.

La mera afirmación no es una prueba

1 . Existe un principio muy general, que suele ser invocado en el terreno judicial y en el académico, y que se supone debe servir por igual a la justicia y a la verdad científica: es aquel según el cual no constituye prueba alguna la mera afirmación.

Por supuesto que en la literatura polémica, en la propaganda política, eso se deja de lado y es por eso, precisamente, que esa propaganda se encuentra tan desacreditada. El estalinismo se hizo maestro en su momento de ese tipo de propaganda, empleando para ello dos formas que ni por ironía se podría llamar sútiles. Uno es emplear la acusación como prueba. El otro es recurrir al refuerzo de una opinión con otra, o con un testimonio hostil y, por lo tanto, recusables.

No nos ha sido difícil hallar ejemplos del empleo por Rangel de ambos recursos en su libro, particularmente cuando se lanza al ataque de un enemigo cuya presencia es demasiado cercana, demasiado reciente. Así, lo encontramos en toda su argumentación para justificar el derrocamiento de Salvador Allende y lo que vino después, como producto, en la práctica exclusivamente, de la culpa de ese gobierno. Todos los ejemplos que se pudieran traer a colación sobre la voluntad de Allende de respetar las tradiciones democráticas chilenas, eran para Rangel simple imposición de las circunstancias y de la fuerza de esas mismas tradiciones, que le hicieron proceder «tortuosamente en su desafortunado intento por convertir el poder limitado de la presidencia gradualmente, por etapas, en una dictadura marxista-leninista» (p. 235).

No tiene mucho sentido contradecir a estas alturas semejantes afirmaciones, y tal vez en su momento hacerlo no hubiese llevado más que a la simple acumulación de evidencia casuística que podía ser respondida con montones de evidencia adversa. Lo que interesa aquí es el recurso a la afirmación (o acusación) de que determinadas acciones son «objetivamente» marxistas o leninistas, «objetivamente» contrarias a la democracia. Y mucho más si aquella afirmación se encuentra rematada en la misma página al negar el autor que fuese inocente el «comportamiento del gobierno allendista desde el primer día». El subrayado es del propio autor, pero sirve para destacar que, en su pluma, la condena venía así antes de cualquier prueba o evidencia. La fórmula no es nueva y tiene un curioso precedente en los procesos de Moscú que llevaron a Zinoviev, Kamenev y Bujarin al paredón: las acciones de estas «víboras lúbricas» eran para el procurador Vishinsky «objetivamente» contrarias al socialismo, «objetivamente» nazis o fascistas.

Rangel reforzaba esa opinión recurriendo a otra: la de Frei. En aquel momento y aquellas condiciones, era como pedirle a un monje su opinión sobre el Diablo. A los pocos días de haber sido derrocado Rómulo Gallegos, en Venezuela el partido URD publicó un folleto que reproducía un discurso de Jóvito Villalba antes del golpe: Quiebra de una política sectaria. Si alguien desde el extranjero hubiese pedido a Villalba su opinión sobre la gestión de «Acción Democrática», la más elemental honestidad lo hubiese llevado a repetir lo que había dicho tan poco antes. La acusación de que aquel partido intentaba implantar una dictadura (para algunos «de corte comunista», aunque no fuese ese el lenguaje de Villalba), era cosa corriente en noviembre de 1948, pero a ningún observador con pretensiones de objetividad se le ocurriría ir a tomar opinión sobre ese gobierno de labios de su más encarnizado adversario político.

El ejemplo no se trae aquí por azar. A estas alturas y cualesquiera que hayan sido sus errores, no es mucha la gente que en Venezuela pueda negar el apego de Jóvito Villalba a las instituciones democráticas, y tampoco nadie podría sostener, después de 1952, que no fuese un sincero opositor del régimen militar que se había inaugurado en 1948. Pero la dinámica política y la polémica política suelen arrastrar a los hombres mucho más lejos de lo que se proponían, en su discurso y en su acción. Si se puede considerar como recusable el testimonio de Frei, no es porque Frei fuese necesariamente un testigo falso y mentiroso, y ni siquiera en ese momento, en esa circunstancia, sino porque su opinión no podía ser empleada como prueba si no se le enmarcaba en su contexto.

Las acusaciones de Frei que reproducía Rangel tenían el mismo tono (y tal vez la misma parte de verdad, pues no tiene caso angelizar a la Unidad Popular) que hacía la izquierda venezolana a los partidarios del gobierno de Betancourt en los años 60: «Cada vez que perdían una elección, en las organizaciones sindicales, campesinas o estudiantiles, desconocían el hecho y creaban una organización paralela afecta al gobierno, mientras eran perseguidos los organismos que respondían a la elección legítima» (p. 236). Lo que se quiere destacar aquí no es la falsedad de hechos sobre los cuales había seguramente evidencia casuística, sino la manipulación intelectual que significa descontextualizarlos, sacarlos de lo normal dentro de las acusaciones que en todas partes se hacen los adversarios políticos. Y que se omitía someter al de Frei a la crítica elemental que todo testimonio evidentemente (y en este caso nada inconfesadamente) hostil merece. Pescar pruebas en el arsenal de la pelea política cotidiana, y que además son de un adversario encarnizado, no condena (o absuelve, si fuese el caso contrario) al gobierno de Allende o a cualquier otro, sino que sirve para situar a quien lo hace: eso no se encuentra descolocado en un panfleto de propaganda política, pero habría que preguntarse en qué medida tiene que ver con ese «interés por la verdad» que Revel veía en su amigo desaparecido.

Molinos de viento

2. Para Geiger, una proposición ideológica es aquella que liga una serie de elementos provenientes del conocimiento empírico con otra serie de carácter indemostrable. El ejemplo más simple es el que incluye en una descripción aparentemente objetiva un juicio de valor («las naranjas maduras de Valencia, cortadas en el mes de octubre, son sabrosas»). Por supuesto que, fuera de la vida cotidiana, nadie pierde su tiempo en enunciar ni mucho menos refutar afirmaciones tan simples. Hay formas mucho más elaboradas de introducir elementos indemostrables en una serie de proposiciones aparentemente objetivas. Una de ellas, particularmente apreciada

por el autor de Del buen salvaje..., es lo que podría llamarse el impersonal polémico, tal vez el más corriente en política: se escoge un enemigo ideal, se le atribuye - generalmente exagerada - determinada opinión, y es una alegre fiesta refutarlo. Porque no se está partiendo verdaderamente del argumento adversario, sino de uno fabricado ad hoc: así, el autor no resuelve un crucigrama político ajeno, sino que, en verdad, lo ha elaborado él mismo. Más que glosar o comentar, nos limitaremos aquí a presentar una simple muestra del procedimiento en Rangel: «...se insinúa la implicación de que tales personajes [Trujillo, Somoza] inspiraban simpatía a hombres como Woodrow Wilson o Franklin Roosevelt» (p. 49).

«En México, Hernán Cortés y todos los demás conquistadores... son tenidos... por execrables invasores y ocupantes contra quienes la nación mexicana (precolombina) reaccionó trescientos años más tarde, expulsándolos...» (p. 157).

«Algunos de los defensores a ultranza de la institución universitaria latinoamericana, basan sus razonamientos apologéticos, o aun entusiasmas (según el grado de audacia), en su supuesto carácter 'revolucionario'...» (p. 190).

«...el adelanto y la superioridad nacional de los norteamericanos los sentimos como una ofensa, la cual se mitiga si podemos persuadirnos de que EE.UU. ha triunfado a costa de nosotros» (p. 55).

«Por causa del mito del Buen Salvaje, Occidente sufre hoy de un absurdo complejo de culpa, íntimamente convencido de haber corrompido con su civilización a los demás pueblos de la tierra» (p. 29).

«Lo que es falso, insidioso y enervante para la gran sociedad latinoamericana es postular que nuestro ser esencial se derive de las culturas precolombinas» (p. 160).

En cada una de esas afirmaciones encontramos siempre un molino de viento: «se insinúa»; «son tenidos»; «algunos de los defensores a ultranza»; «los sentimos»; «Occidente sufre hoy»; «es falso postular». Como se dijo antes, esta es apenas una muestra del empleo de eso que llamamos impersonal polémico. Han sido tomadas deliberadamente al voleo, y tal vez ni sean las más representativas. Sobre ellas se pueden decir varias cosas. Nadie puede negar que tales opiniones hayan sido emitidas alguna vez, aunque tampoco se podría asegurarlo, al menos en ese grado de simplismo y caricatura. Si el autor se hubiese tomado el trabajo de precisar quién dijo cada una de esas cosas, y cuándo, posiblemente el resultado hubiese sido o

bien que muchas de esas opiniones han sido cimentadas con acopio de argumento e información, y que no han sido presentadas en forma tan simplista; o que son discusiones ya viejamente superadas; o que han sido emitidas por personajes que nadie toma verdaderamente en serio en el mundo del pensamiento. Y Rangel no escribió un corto ensayo, sino un libro con pretensiones de tratado, una especie de cosmovisión latinoamericana, un libro, en fin, donde se podía esperar que las afirmaciones dejases de ser simplemente eso, y se pudiesen sustentar en una información accesible. Eso puede ser complicado y puede hacer muy pesado un libro, pero es lo que el espíritu y la actitud científica exigen. De otra manera, no pasa del panfleto polémico. Y no era esa la pretensión de Rangel, ni es a eso que se refiere Revel con tanto entusiasmo.

La media verdad

3. Una tercera línea de razonamiento detectable en el libro de Rangel es la que lo hacía difícilmente refutable: se trata del recurso a la media verdad, el más empleado por el autor. De todas las muestras escogidas, tal vez la más típica sea su refutación de lo que podríamos llamar la demonización del latifundio: «En sí mismo, el latifundio no tiene por qué ser improductivo ni socialmente nefasto. No lo es en Estados Unidos, donde el King's Ranch, de Texas, pasa por ser la mayor extensión de tierra en el mundo propiedad de una sola familia, y es a la vez una de las fincas ganaderas más productivas que se conozcan, una empresa agroindustrial cuyos trabajadores devengan sueldos excelentes...» (pp. 167-168).

Esta opinión es una muestra excelente porque contiene reunidos en un solo párrafo todos los expedientes polémicos a que hemos venido haciendo referencia: se entra en liza contra molinos de viento, pues no se hace referencia a nadie en particular que por haber emitido tal opinión, pudiese merecer semejante levée de boucliers. Hacerlo hubiese puesto con bastante seguridad al descubierto el empleo nada sutil de eso que más arriba hemos llamado el impersonal polémico. Porque no creemos que haya hoy un científico social con mediana estima de sí mismo para definir el latifundio sólo como una gran extensión de tierra en pocas manos. Si, como el propio Rangel lo dice en apoyo de su argumento, es «una empresa agroindustrial», pues sencillamente no es un latifundio, a menos que se quiera tomar la definición del simple diccionario, lo cual para una obra con pujos científicos, para alguien interesado en la verdad, no es precisamente muy serio.

El uso y abuso de esa media verdad llevó al autor a ser muchas veces más papista que el Papa. Si uno se va a dejar llevar por una impresión inmediata, resulta incon-

testable que «...en realidad Fidel no venció a los norteamericanos en Playa Girón. A quien venció (y vencimos) fue a un puñado de otros latinoamericanos engañados» (p. 62). Sí efectivamente, los vencidos en Playa Girón eran cubanos emigrados, y eso nadie pretendió ocultarlo en Cuba, entre otras cosas porque era evidente. Pero lo que se venció allí fue una empresa norteamericana, y el fiasco fue un fiasco norteamericano reconocido por el propio Kennedy («la victoria tiene cien padres, la derrota es huérfana»), de la misma forma en que el derrocamiento de Jacobo Arbenz por un ejército de guatemaltecos fue, en las palabras de Foster Dulles, una «gloriosa victoria» de la política norteamericana.

Dentro del análisis que estamos intentando no es eso lo más importante, como la fragmentación por el observador del hecho observado, su aislamiento del contexto para poder pulverizarlo argumentalmente. Lo más curioso de todo es que ese era el expediente polémico, con sobrada razón, más frecuentemente reprochado al estalinismo.

La despoblación de América

4. Hay, dentro de ese mismo orden de ideas, una forma especial de media verdad que, por sus características, merece un tratamiento aparte. Es lo que se puede llamar «afirmación inocente», o sea, aquella en donde se argumenta sin el fin preciso de llegar a una conclusión inmediata, y que el lector debe extraer por sí mismo, aparentemente sin ser inducido.

Tal vez la más elocuente muestra de ese tipo de afirmación es todo el desarrollo que Rangel hace sobre la escasa población de América antes del Descubrimiento. Este es un tema sobre el cual hay opiniones bastante diversas, una vez que se han apartado las exageraciones de parte y parte. Rangel toma como válidas las estimaciones hechas por quienes se inclinan hacia cifras mínimas. En verdad, esto tiene como objeto cimentar su propia afirmación, según la cual, de no ser por el Descubrimiento y la Conquista, «simplemente no seríamos» (p. 165). Para él, plantearse las cosas en otros términos, no sólo es una hipótesis, sino propiamente «una idiosincrasia» (idem). Pero lo que debilita la aseveración de Rangel es omitir que la suya es también una hipótesis; y no solamente no demostrada o apoyada, sino indemostrable en los términos en que él la plantea. Porque es cierto que nadie puede demostrar fácticamente que las culturas americanas hubieran podido desarrollarse autónomamente de no haberlas detenido el impacto de la conquista europea, pero es igualmente imposible demostrar lo contrario. Porque se puede cuestionar que la historia sea simplemente lo que ha sido. Lo que es difícilmente sostenible es que

ella pueda ser lo que no ha sido. Aquí caemos de nuevo en eso que hemos llamado pensamiento circular: Si América no hubiese sido descubierta... ¿quién puede demostrar (o negar) que los arawacos no hubiesen descubierto por su cuenta la desintegración del átomo y la bomba nuclear? ¿Cómo se puede refutar un razonamiento expresado en tales términos, pero a la vez, cómo se puede ser tan infantil como para promoverlo y para promover (otra vez Revel) como «una interpretación verdaderamente nueva y probablemente exacta» de la civilización latinoamericana?

Pero esto lleva más lejos, y es lo que más interesa, porque trasciende las aseveraciones de Rangel y se hace planteamiento general dentro de lo que llamamos «pensamiento reaccionario». ¿Qué importancia tiene que la población de América fuese pequeña antes del Descubrimiento? ¿Es que acaso los griegos tenían magnitudes «chinas» en su población? Detrás de todo esto no está el propósito de poner una pica en Flandes en una discusión que los historiadores tienden a ver cada vez más como estéril, sino reafirmar la vieja idea eurocéntrica: la superioridad cultural de Occidente. Que en el caso americano, ni siquiera se había impuesto sobre una cultura destruida y una población exterminada, sino prácticamente en un territorio desierto.

Rangel estaba buscando argumentos para oponerlos a la tesis, algo nueva en el momento en que publicó su libro, según la cual desarrollo capitalista y subdesarrollo «tercermundista» son dos polos de una misma realidad de explotación. Pero una vez más escogió un blanco demasiado fácil. Porque entendemos lo que sostienen los defensores de esa tesis como que esa polarización se produjo a mediados del siglo XVIII. Por lo tanto, la polarización no se estableció entre realidades distintas (Europa-EEUU de una parte, Asia-Africa-América Latina, de la otra), sino en el interior de un mismo sistema mundial. EE.UU., cuyo proceso de desarrollo fue posterior, no «subdesarrollaron» a los aztecas o a los incas, sino a americanos iguales a ellos, quienes tampoco eran apaches o sioux. Esta, como todas, es una tesis discutible, y representa apenas un desarrollo particular de las tesis leninistas sobre el imperialismo, no de todos los marxistas o de todos los leninistas. Pero es una tesis sustentada también ella con acopio de argumentos e información, no esa tonta caricatura que Rangel pensaba haber rebatido tan airosamente.

Calle ciega

Por lo común, el pensamiento reaccionario es estéril. Como se trata de reaccionar, es más proclive a expresarse en términos negativos que positivos. No se da una alternativa a aquello contra lo cual se reacciona, ni siquiera el regreso a un cualquie-

ra statu quo ante: en esto se diferencia del pensamiento conservador clásico. De allí su apariencia de colcha de retazos, tan claramente perceptible en el libro de Rangel, y que dio pie a la sospecha (por lo demás interesada) de que en su redacción habían intervenido muchas manos (un humorista de izquierda expresó su convicción de que ese libro, como algunos manuales de las Escuelas Cristianas, había sido hecho por une réunion de professeurs). De allí también esa esterilidad a la hora de expresarse positivamente, de presentar una alternativa. Frente a lo que se considera el mito a destruir, a saber en el caso de Rangel, que «los Estados Unidos son reaccionarios, América Latina es revolucionaria», sencillamente se opone otro mito: el de la «América triunfadora» (p. 30), frente a la América fracasada, latina.

No son las tesis de Rangel las irrefutables: lo es por definición todo pensamiento reaccionario. Porque generalmente está concebido como una refutación, y si bien se puede oponer una refutación a otra, el camino se hace infinito y se termina en el diálogo de sordos. Se puede refutar una creación, no una simple oposición.

Hay un riesgo que está presente también en el pensamiento reaccionario: contaminar la propia argumentación con los modos del odiado enemigo, como sucede en toda relación pasional. Los libros de Rangel están salpicados de expresiones que indican ese grado de implicación: «exasperante propaganda», «enervante mito», etc. El enemigo que Rangel escogió para abatir es el marxismo-leninismo, nombre oficial del estalinismo. Pero su propia asertividad ideologizante, su recurso a la media verdad y a la cita fuera de contexto, al impersonal polémico y a la afirmación como prueba, lo emparentan más que lo enfrentan al estalinismo.

Corroído por la crítica hecha por teóricos socialistas, marxistas y hasta leninistas, pero sobre todo por su propia inconsistencia argumental, el estalinismo encontró así un inesperado epígono en tierras latinoamericanas.

Referencias

*Rangel, Carlos, EL TERCER MUNDISMO. p165 - Caracas, Venezuela, Monte Avila. 1982